



SERGIO FERNÁNDEZ - CARMEN ELENA ARMIJO
COORDINADOR COMPILADORA

A QUINIENTOS AÑOS DE LA CELESTINA (1499-1999)

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

CONFERENCIA MAGISTRAL

Cuidado de la edición: Mauricio López Valdés

Diseño de la cubierta: Gabriela Carrillo

Primera edición: 2004

DR Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Impreso y hecho en México

ISBN 970-32-1424-X

La amplitud sexual en La Celestina

SERGIO FERNÁNDEZ

Dos autores opuestos, si no contrarios, aunque paradójicamente suplementarios, aparecen a lo largo del texto: uno es el que lleva adelante el cumplimiento de la trama; el otro, el que la observa, saca conclusiones y decide-en bellas cuanto lapidarias sentencias- el sentido de la condición humana. Un tercer factor lo da el mimetismo de los personajes, quienes elaboran opiniones de alto alcance arrastrados por la corriente misma de los acontecimientos, contemplados en el propio espejo de la experiencia de la vida.

La primera atrapada por este mimetismo es la propia alcahueta, plena de sabiduría popular o libresca (De Rojas es hombre de gran cultura, desde los griegos hasta sus días); los demás vienen enseguida: Sempronio, Pármeno y aun Calixto, en cuyo monólogo final-arrepentido muy a medias de lo que su conducta ha ocasionado salen de su boca frases que sin una amarga experiencia no osara expresar. Por cuanto a Melibea, su corta vida no sólo le impide opinar de la existencia, sino que es arrasada por los instintos solamente. A ella la devora el dragón.

Después de múltiples lecturas de la Tragicomedia aún me asombra (o me alela, para ser exacto) el léxico del libro. No tiene ni puede tener continuadores. Fernando de Rojas arroja un guante que la posteridad no recoge para establecer así un bélico diálogo cultural; no lo recibe por imposibilidad de responderlo. No hay ningún escritor que alcance su tamaño en cuanto a sintaxis se refiere, en cuanto a profundidad de pensamiento, en cuanto al encabalgamiento de estos dos textos enunciados que van de la vulgaridad a la más fina ironía; de lo ruin a lo excelso; de la vileza con la cual es llevada la vida cotidiana, a las barreras de espléndidas alocuciones que frenan los instintos: "harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva", dice la hechicera para

18. La amplitud sexual en La Celestina

conquistar a Melibea. "Asaz es señal mortal no querer sanar", vuelve a decir la vieja, adueñándose de la doncella. Son dos ejemplos elegidos al azar, pero hay más, muchos más.

Porque, como semillero, la prosa se desparrama en sus sentencias: "de enfermo corazón no poder sufrir el bien"; sea cierto que no te puede decir nacido el que para sí solo nació", frase, esta última, que invita al acercamiento de toda intimidad porque para eso hemos nacido, para unirnos y refocilarnos ya que Dionisos vigila página por página el escrito, pues "el placer que no es comunicado, no es placer. Y todos, en plenitud de una algazara (carnaval del demonio), parecen solazarse en ir codo a codo en la existencia: desde la misa en Santa Magdalena hasta la cena y borrachera en casa de Celestina con putas y con criados. Todos se tocan, se huelen, se ven, se sienten, se presentan. Todos se aman y se odian porque la obra es producto de unos "sentidos como ventores", o sea, perros de cacería. Amor u odio sería la contraseña para leer la obra; sobran los matices, aunque los apartes o los monólogos indiquen que una vida personal que no se comparte por discolería.

O en otro momento: "que dicen que ofrecer mucho al que poco pide es especie de negar". Y Pármeno: "pero del pecado lo peor es la perseverancia", lo cual enfurece a la vieja, quien juzga al criado indigno de tales sentencias. O el mismo Sempronio: "que las iras de los amigos siempre suelen ser reintegración del amor [...] cargado de hierro y cargado de miedo". En cuanto a Calixto, opina "que mal ajeno de pelo cuelga". Y dichos populares como "que sobre dineros no hay amistad". O "que aunque muda el pelo la raposa, su natural no se despoja". Así como "de lo poco, poco; de lo mucho, nada". Pero ¿qué puede esperarse de un autor que ha asistido permanentemente a la lección de "doctos varones castellanos"?

Reitero que la Tragicomedia es un texto dionisiaco si por ello se entiende su falta de linderos, algo que toca la promiscuidad. Todo parece

Sergio Fernández . 19

un título, ya de marqués, ya de conde. Es un burgués, como la propia Melibea. Con dinero, a punto de desposarse (habla, al final, de que todo se le ha ido, aun "la pérdida de su matrimonio"), Calixto se halla en la flor de la vida. En cuanto a Celestina, vive de sus renovados "virgos" y de su honra, yendo y viniendo por la ciudad, avariciando en una compraventa interminable, como se comprueba al atisbar el interior de su recámara. Las putas, a su sombra, gozan de la vida y por sus encantos pasan desde embajadores y frailes hasta criados. En cuanto a los sirvientes, llevan una vida ordinaria, tal como corresponde a la más baja clase social española: son rijosos, machistas, de daga o puñal acompañados. Preludian, si cabe, la España de Felipe IV, ya que la picaresca (tanto novela como populacho) tiene su nacimiento en la Tragicomedia. Pero antes del halcón todo está en paz y cada personaje se halla dispuesto a vivir la vida, con sobresaltos, es verdad, pero acostumbrados a que la muerte vale tan poco como la propia vida. Empero saben, a su modo, el riesgo que corren en esa senda que transitan.

Sin embargo, cuando se pierde el neblí (un objeto poético tan importante como el cordón de Melibea, ya que sobre ellos gira la obra), las cosas se estremecen violentamente y de un status natural se brinca a la persecución de un mal deseo que provoca la fatalidad en los cinco personajes fundamentales de la obra. Pues la Tragicomedia concebida como un factotum desde siempre anticipa el fin de Celestina por las bocas de Pármeneo y Sempronio. Y si el primero advierte a la alcahueta que el asunto de Calixto "causará perder tu cuerpo y alma y hacienda", Sempronio dirá de la vieja: "no es mucha su vida, luto habremos de medrar destes amores", lo cual indica la preconcepción del libro, o sea la unidad, claro, antes de haberse escrito. Porque nunca se sabe si la dificultad es mayor cuando se escribe o cuando se piensa en que se escribe.

20 . La amplitud sexual en La Celestina

dinero, cetrería, música y otros lujos) que de la del bajo vivir, en el que reina Celestina, hechizos, magia, asaltos, puteria, hartazgos de vino y de comida, promiscuidad sexual.

Pero no es por el neblí que Calixto conoce a Melibea, aunque de ella se enamora al instante cayendo en un dolor desesperado (desesperado para los demás), ya que en su primera conversación con Sempronio habla del "pleberico corazón de Melibea, frase que supone que la conoce de oídas, o sin haberse podido acercarse demasiado. En todo caso, la pasión -más que el amor- lo obliga a desear morir en lugar, ya desde ese mismo instante, de prepararse para el asedio del castillo que la doncella significa. Menos aún pensará en un desposorio, ya que el matrimonio, por razones varias, no cuenta nada para la historia que se narra. El hiperbólico galán no pensará sino en sí mismo, víctima, más que de circunstancias a las que pudiera vencer, de su timidez y de su narcisismo. Por eso se siente arrastrado a los infiernos, condena preferible-sin Melibea a la gloria de los santos. De allí a la herética plataforma de la cópula con los ángeles o la suplantación la doncella por Dios, no hay sino un paso.

Sea por una o muchas razones Calixto permanece en su mansión, tocando y cantando para distraer la contrariedad que a la larga lo llevará a la muerte. Es hombre de pasión, no de acción, y por ello, al final, se quedará varado de horror ante el asesinato de la vieja y el ajusticiamiento de los propios criados. ¿Qué importa que haya que comenzar por saber cuál es la dolencia, según Sempronio? Tampoco le basta escuchar que "el amor es necesaria turbación en el amante", o que el criado lo exaspere al decir que somete "la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca mujer". El mutuo ataque de este parlamento es, como todos, preciso, rabioso, fustigante. Repetimos que ya es bastante la sodomía de algunos hombres "con ángeles no conocidos" para que Calixto blasfeme cuando

confiesa a Melibea por Dios, lo cual significa pecado de latría. Pero nada lo calma, ni su pobre laúd, sinónimo de lágrimas aviesas que sin caer son Sergio Fernández . 21

proviene de todo. Lo cierto es que está así concebido y para muestra de antecedentes bastarían los sodomíticos parlamentos que los dos jóvenes Calixto y Sempronio repasan con descaro. Y si se habla mal de las mujeres ("no tienen modo, no razón, no invención") es porque son arma del demonio, mismo que roe las entrañas de Calixto quien, en su parloteo, desliza algo digno de consideración como un primer acercamiento al acoso sexual que hará con Melibea: "que si de lo oculto yo hablarte supiera-dice a Sempronio- no nos fuera ne- cesario altercar".

Es claro que por ahora Calixto se abstiene de opinar en lo "oculto" de la doncella, que para él, desdichadamente, lo es todo. Llegar a descubrirlo es la máquina de la obra que, si va más allá, es para atosigar el cuerpo, comerlo y aun destrozarlo, tal como dirá Melibea cuando, ya amantes, él le desgarre sus vestidos, no sin el deleite que las fuertes manos del galán diseñan al recorrer su figura.

Pero esto no es sino el inicio de una corporación digámoslo así que se recrea cotidianamente en la sensualidad que desemboca en el sexo. Por eso dentro de la conversación que ahora atisbamos Calixto confiesa sin ambages: "que se despereza el hombre cuando la mira". ¿Qué significa la frase? ¿Qué sale de algún sueño? ¿Del soñar de la vida? No: se le yergue el pene, se le endurece con sólo mirarla. Por ello, a manera de la estatuaria, queda hecho pedernal ya que en la erección no hay cuestionamiento alguno. Es joven, es viril, tiene necesidad de "áspera cura", como le dirá Celestina a Melibea hablando de lo mismo. ¿Por qué no decirlo si en ese decir dos veces se vive o revive el mismo asunto? Calixto recrea la palabra -todo lo que es palabra aunque el enamorado no goce de ella ni esté a la altura de los parlamentos de la vieja comadre Celestina, que con ella se apodera del mundo. Y es ahora cuando concibe en la imaginación a Melibea, quien por ello sustituye a la propia divinidad. En tanto

Sempronio (para que el diálogo se expanda) lo contradice afirmando que el hombre es más digno que la mujer.

22 . La amplitud sexual en La Celestina

calidad al lector. Todo personaje entra o sale sin anunciarse, como si de hecho el escenario fuera un lugar común sin ningún exit de por medio. Por ello, a lo anterior sucede de inmediato un diálogo entre Sempron y Elicia (amante suya), quien está "arriba", en la casa de la alcahueta Como el criado oye ruidos, Celestina aclara que se trata de "una moza que me encomendó un fraile". La escena, que recrea la vida cotidiana de la España de entonces, admite uno tras otro respaldos de vulgaridad: se trata de "el ministro, el gordo", quien, por serlo-afirmará inmediato Sempronio, la moza ("!oh desventurada, y qué carga le espera!") le parecerá, irónicamente, una mujer digna de lástima.

Pero es necesario aclarar que aquí sólo daré algunos ejemplos que nos sirven de apoyo. Por eso, en cuanto espectadores, no nos extraña que nuestra visión se llene de objetos, de menudencias, de un ambiente que huele a placer, sean cuales sean las circunstancias. ¿No es así este "teatro" un tanto cuanto extendido en forma de novela? Pero si el placer es un meollo, otro lo es el dinero. Celestina alargará los males del mancebo para llenarse las faldriqueras de doblones. La técnica es grosera ya que se la prometerá sin dársela, así, tranquilamente, como si Melibea fuera un objeto que a Celestina pertenece. Aprovechar, aprovechar, aprovechar, es la cantinela que se oye por doquiera, nada puesta al desgaire. Por ello se "aprovecha" el amor de Calixto por Melibea y allá, en los meandros del escenario, suena como estribillo la cínica y altiva frase "que todos juntos nos aprovechemos".

Y ahora, de pronto, el espacio nos entrega la mansión de Calixto con Pármeno, un mocetón de apenas quince años. Ambos dan lugar a diálogos espléndidos, recargados en el conocimiento que de todos y de si tienen: hablan mal de los ausentes, falsean la realidad, merodean como

perros hambrientos, se pelean, se juntan, se desplazan, fornican y finalmente se ponen de acuerdo para el momento en que se asalte a

Sergio Fernández . 23

tan grotescos e íntimos ambos que preludian no sólo a la picaresca española sino al expresionismo alemán.

Por otra parte, la obsesión por la virginidad no puede ser más evidente. Se tiene la impresión de que la mujer o es puta o es virgen. Es por eso que Celestina era amiga de "mozos de abades", a quienes vendía "aquella sangre inocente de las cuitadillas", todo dicho tan hábil, fría y calculadoramente como si en un mercado se vendieran y compraran fiambres. Pero ¿qué se gana en esta fiesta de la carne? Celestina les prometía una "restitución" que, sin tardanza, se les concedía hasta cinco o más veces. Pero tan finamente hilaba su cuento que se comunicaba con las más "encerradas": tal era su propósito fundamental. Claro que reiterar la importancia de la virginidad es machacar una y otra vez sobre la sexualidad, acuñada por ellas y por varones "descalzos" para evidentemente no llamar la atención en lugares virtuosos. "que allí entraban a llorar sus pecados", dice con modestia no exenta de ironía.

Es menester decir que la alcahueta va a más: era física (médica) de niños ya que, conocida por todos, le tenían confianza. Pero sus sitios favoritos eran los monasterios de frailes y los conventos para monjas, además de las casas y mansiones particulares a las que, con cualquier pretexto, podía entrar pues generalmente se hacía de amistades con una servidumbre presta, siempre, a vengarse de sus señoras dueñas. Por eso la traición es fiel competidora de la alcahuetería ("por ser leal padezco mal", dirá Pármeno: ni generoso ni confiado). Y es el caso que Celestina provee a los demás de todo (hasta de cosas llegadas de América, según reza el texto) sin que a ella la provean de nada, como no sea el pago de sus prestos servicios.

Pero si volvemos a los virgos es para no acabar. A unos los hacía "de vejiga" y a otros "los curaba de punto", oficio para lo cual usaba "agujas delgadas de pellejeros e hilos de seda encerados", sutil oficio que

24 . La amplitud sexual en La Celestina

gojas que conlleva? Pues de las casadas nada se dice, no en tanto Melibea, ya loca de pasión, grite "para qué quiero marido con tan grande amador" como si la Iglesia, aunque de dientes para fuera, to les hubiera, a ella ya Calixto, ahorrado sinsabores a granel. Pero naturalmente que "todo era burla y mentira", con lo cual el autor deja suelto al personaje, quien se empeña en ofrecer virginidades con el embeleco de la verdad.

Pero si seguimos las huellas ya empezadas, a Pármeno le dice "mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga" cuando, entre burlas y veras, le promete gozar de Areusa para acercarlo a Sempronio, ya que ambos habrán de ayudarla en el consorcio que con el hilado de la vieja envuelve Satanás. Es natural, pues "de todos se quiere servir sin merced". Pero ¿cómo alguien tan inteligente es capaz de traicionarse por una "cadenilla", aunque sea de oro puro? ¿Es enorme su avaricia? ¿la vejez ha incrementado en ella el atesorar sus bienes? ¿Acaso nunca tuvo la oportunidad de compartirlos? "Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos", ¿no es el grito de quien sabe obtener la victoria? Pero ¿qué otro grito la puede conservar? Celestina, al morir y pedir confesión, no sólo traiciona a sus colaboradores; se traiciona a sí misma, dándole la espalda al propio Satanás, con quien ha hecho un pacto miserable y pestífero.

Sabemos también contrariamente a los románticos que "la naturaleza huye de lo triste y apetece lo delectable", sí, "porque el deleite es con los amigos y las cosas sensuales". Los amigos brindan con el vino sacado de los toneles, se acompañan en las comidas, promiscuamente comparten "las cosas sensuales" que para ellos lo son de variadas especies. El "Hacedor" de todo afirma la vieja prevaricadora- enseña que se debe

perpetuar la especie. ¿Quién será este "Hacedor" para esa boca desdentada? Seguramente protegerá también su dinero, el habido por malas razones y que finaliza con los haberes de Calixto; porque "no hay pestilencia más eficaz que el enemigo en casa para empezar", según afirma

Sergio Fernández . 25

cahueta naturalmente reina. Pero el placer es el placer: es el que allega juegos, dice donaires, canta tonadillas alegres, juega naipes, ajedrez y todo dulce pasatiempo. Quien así mira el mundo también afirma: "no podemos errar". Lo dice dos veces, por boca de Calixto y luego por la de Celestina, filosofía que conforma al libro entero, apoyado por la política imperialista de Carlos V, aunque inmediatamente después Felipe II convierta a España en un monasterio y a toda guerra en una enmascarada contienda religiosa. Todo lo cual no impide volver a nuestro tema: la obsesión de la sexualidad. Dice Calixto a Pármeno que si alguien osara darle consejos al amor, sea "tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse", alambicada frase que subraya lo dionisiaco a que hemos hecho referencia y en es- a la cópula del hombre y la mujer.

La palabra negocio es fuerte y obstinada. Significa varias y variadas razones: el asunto de Calixto, el dinero, toda conversación sobre la condición humana, o sobre Dios que, en La Celestina (aunque el medio ambiente sea católico), no se sabe qué sea aunque Calixto lo sustituya por Melibea. Por eso grita el amo a los criados: "aprieten bien las cinchas ¡por si parare por casa mi señora y mi Dios!", haciendo que su poder con la servidumbre sea cada vez más ambiguo, pues, como si se tratara de Genet, el odio de clases no se pierde en el horizonte del texto, aunque de fondo y pese al placer, el libro esté teñido de amar- gura: "todo es así, todo pasa de esta manera, todo se olvida, todo que- da atrás. Pues así será el amor de mi amo".

En medio de tales variedades hallamos el odio de Celestina hacia las mujeres:

Que aunque está brava Melibea-dice a Sempronio- no es ésta, si a Dios ha placido, la primera a quien yo he hecho perder el cacarear. Coxquillosicas son todas, mas después que una vez consienten la silla en el envés del lomo, nunca querrían [dejar] de holgar. Por ellas queda el campo. Muertas sí, cansadas no. Si de noche caminan, nunca querrían que amaneciese: maldicen los gallos porque anuncian el día, y el reloj porque dan tan apriesa [...] Catívanse del primer abrazo, ruegan a quien les rogó, penan por el penado, hácense siervas de quienes eran señoras, dejan el mando y son mandadas, rompen pa-